

**Bernardo Reyes y el libro de honor mexicano, seguido de un texto
poco conocido de Rubén Darío sobre Bernardo Reyes**

ADOLFO CASTAÑÓN

En memoria de Henrique González Casanova

† 9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
Sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.

Alfonso Reyes

Río de Janeiro, 24 de diciembre, 1932¹

¹ Reyes 1996: 146-147.

La madrugada del domingo 9 de febrero de 1913, el general Bernardo Reyes es puesto en libertad a la fuerza por un grupo de militares y civiles inspirados por Rodolfo Reyes, Félix Díaz y el general Mondragón. Saldrá de ahí para tomar por asalto Palacio Nacional y caer fulminado por la metralla ante las puertas del Palacio Nacional. Va vestido con un traje oscuro de civil; lleva un clavel rojo en la solapa y en la cabeza una gorra cazadora que luego su hijo Alfonso pasará por todo el mundo como un recuerdo doloroso y entrañable.

Oigan nobles ciudadanos,
 prestadme vuestra atención,
 voy a cantar un corrido
 de la actual Revolución.

Reyes y don Félix Díaz
 echaron muy bien su trazo
 y para vengar rencores
 idearon un cuartelazo.

Señores, tengan presente
 que el día nueve de febrero
 Mondragón y Félix Díaz
 se alzaron contra Madero (Mendoza 2003: 36).

El hombre que cae del caballo ante las puertas del Palacio Nacional es un varón envejecido de barba blanca. Durante los trece meses que ha durado su reclusión en la cárcel de Santiago Tlatelolco ha tenido tiempo de entregarse a una minuciosa recapitulación de su vida y a una enumeración no exenta de impotente rencor ante las diversas traiciones, humillaciones y desencuentros de que ha sido objeto por parte de algunos de los “científicos” y del propio Porfirio Díaz a cuya causa será leal hasta el último momento, incluso después de que el dictador salga del país y por así decir abandone su propia causa. En esa prisión de Santiago Tlatelolco se ha cruzado algunas veces con Doroteo Arango (Francisco Villa), el genio de la guerrilla que representa todo lo contrario del general. Pero ese bandido, ese personaje parecido al Roque Guinart de *Don Quijote de la Mancha* —como apunta su hijo Alfonso—, sólo confirma al general hasta dónde ha caído. ¡Y pensar que él mismo se había entregado allá en Linares, para facilitar según él las cosas! Los

ásperos y húmedos muros de los claustros de Tlatelolco transformado en prisión no impedían que entrara el viento helado ni la lluvia ni la polvareda.

Era jefe Mondragón
del Segundo Regimiento
y salió de Tacubaya
para México en su intento.

Daba el reloj de ese día
las siete de la mañana,
cuando a México llegó,
Mondragón con fuerza armada.

Dios libre a Bernardo Reyes
y después a Félix Díaz,
para avanzar a Palacio
reunieron las compañías (*idem*).

Pero un militar como él siempre ha andado a salto de mata. Él lo sabe. Recuerda con nitidez los días y meses que pasó luchando contra los indios nómadas para tratar de pacificar aquellas tierras desiertas del Norte. Recuerda las dificultades que tuvo para convencer al general Díaz y a otros militares de la necesidad de crear esa “segunda reserva” que luego se transformaría en “servicio militar”.

Se pierde el general en las avenidas desiertas de sus pensamientos, recorre con la mente aquellas calles insoladas de la ciudad del norte a la que como a un hijo había visto crecer. Recuerda aquellos años ya distantes en que todavía adolescente luchó contra los franceses como alférez de la Guardia Nacional, en retazos le viene a la mente la toma del pueblo de Calvillo, en Aguascalientes, la toma de Zacatecas y aquella Navidad de 1866 en que participó en la acción de Agua de Obispo contra los franceses y en la cual supo por primera vez qué significaba realmente el peligro. Esos primeros años de su adolescencia y juventud guerrera y belicosa vuelven en desorden a su memoria y cada nombre de lugar le trae recuerdos de aquellos actos y condecoraciones ganadas a favor de la República contra los franceses: Querétaro, Zamora, San Lorenzo, Jalisco. De esas batallas no le quedan malos recuerdos. Muchos años después, siendo ya gobernador de Nuevo León, no desdeña-

rá sentarse a la mesa con algunos de los antiguos enemigos extranjeros. Aquello había sido, después de todo, una “guerra de caballeros” en la cual se peleaba limpio. Los enfrentamientos políticos que luego le tocaría sufrir, aunque no habían presupuesto derramamientos de sangre, habían sido terriblemente hirientes y desgarradores. Los “científicos” y su gente no comprendían las cosas de la guerra y del honor y peleaban por lo regular atacando por la espalda.

Don Félix le dijo a Reyes
con audacia y con cautela:
—Si usted asalta el Palacio,
yo tomo la Ciudadela.

Reyes con todas sus tropas
su valor quiso mostrar,
y al acercarse a Palacio
la muerte vino a encontrar.

Allí cayó muerto Reyes
por una bala certera
y muchos muertos y heridos
se miraban por doquiera (*idem*).

“Científicos” era una palabra nueva que, cuando empezó a gobernar Porfirio Díaz después del Plan de Ayutla, tenía un muy otro significado usual. El general Bernardo Reyes se veía a sí mismo como una combinación, una alianza diría él, de guerrero a la usanza antigua, hombre cultivado, empresario, político liberal, patriota y patriarca. El interés por el comercio y las empresas lo había heredado de su padre, un español, Domingo Reyes, de quien traía la sangre llena de iniciativas. “Don Domingo”, nacido en Nicaragua, vino a México en un barco procedente de Panamá, junto con otros españoles. Por eso quizá en Guadalajara, adonde llegó a avecindarse, los llamaron “los panameños”. Pronto, el hijo de uno de los “panameños” se volvería un patriota, nacionalizado no sólo por el derecho de sangre y de suelo, sino también por las armas que esgrimió valientemente contra los diversos enemigos de la República: los franceses, los guerrilleros imperialistas como el terrible Lozada, el Tigre de Alica —que les despellejaba los pies a los prisioneros y luego los hacía caminar sobre el camino ardien-

te—, los indios nómadas, los soldados que se alzaban bajo el mando de algún general confundido. Pero los “científicos”, ¿qué eran, quiénes eran? No eran ni podían ser más que un puñado de amigos, un círculo vicioso o amistoso (según se viera) con una “cierta comunidad de pareceres e ideales, entre los que tenían el producto de los mismos sistemas educativos” como escribiría años más tarde José Ives Limantour, científico eminente y Secretario de Hacienda, y como acaso conjeturaba en su celda el general Bernardo Reyes.

No, no era el mismo varón entero al que había pintado Escudero y Escandón en 1900 de pie, arrogante y de cuerpo entero con su volumen corpulento y macizo de lancero y su barba tupida y entrecana. Tampoco se parecía al ameno conversador que había intercambiado mitologías públicas y privadas con aquel “otro poeta” centroamericano —en sus horas don Bernardo se sentía poeta—, con aquel otro soldado de las letras y las musas que fue Rubén Darío quien, por cierto, unos meses después de conocer la muerte de su amigo lo compararía con Coriolano, uno de los capitanes que andan trotando por el teatro de Shakespeare.

*

Me llamo León Reyes Guzmán, soy hijo legítimo del coronel León Reyes, el hijo natural del gobernador y general Bernardo Reyes. No sé cómo llegué hasta aquí, es decir, a esta ciudad de Florida en la que vive una “prima”, así nos llamamos desde que nos reconocimos, la señora Marcela del Río Reyes, hija de Bernardo Reyes, Bernardito, el primogénito del general. Vine hasta aquí para conocer a mi abuelo el general Bernardo Reyes o más bien su pintura, pues como se sabe él murió de una forma tan trágica como patética, tan confusa como inexplicable. “¿Cómo se cegó hasta ese punto?”, se preguntaba mi padre, quien nunca se sintió de la familia a pesar de haber vivido bajo el mismo techo allá en Monterrey, gracias a la generosidad de la “Tía Aurelia” —así pidió la jovencísima señorita Ochoa Ogazón que le llamara el robusto adolescente al que había decidido, se diría exigido, adoptar cuando se enteró de que don Bernardo tenía un hijo natural. “Que se venga a vivir ese chico con nosotros. No quiero que ande por ahí regada tu sangre.” Así fue como mi abuelo hizo entrar por la puerta estrecha de su matrimonio legítimo a León, su hijo bastardo, mi padre. Y aquí me

tienen frente al cuadro de mi abuelo. Es una pintura enorme. Mide más de un metro y medio de altura. La pintó un tal Escudero y Escandón. En ella se ve de cuerpo entero y de tres cuartos el cuerpo alargado y robusto de un hombre con barba que baja más allá del cuello. La barba es café-rojiza, como la de León, mi padre. Don Bernardo, mi abuelo, lleva en esa pintura uniforme militar, chaqueta azul y ajustados pantalones blancos; de su cintura cae un sable adornado con una cinta tricolor. Quise venir a ver por mí mismo esta pintura pues quería conocer a ese abuelo legendario al que mi padre nunca le perdonó haberse dejado empujar a la muerte por el “Barón”, Rodolfo Reyes, su segundo hijo. A León, mi padre, nunca le gustó Rodolfo que había heredado del general Bernardo el carácter impulsivo y obsesivo, la infatuación y aun el gusto por la acción: las batallas, las guerras, los tiros, las carreras, la rivalidad, la insidia. De hecho si León, mi padre, se apuró en salir de la casa de Monterrey fue porque quería huir de su medio-hermano, ese despótico Rodolfo, que parecía vivir no sólo a la sombra de su padre sino alimentando en él sus “lados negros”. Vine a ver este cuadro para darle gusto a la memoria de León, mi padre, quien se retiró del ejército mexicano lo más pronto que pudo después de aquellos días terribles de 1913 —no una “decena trágica” como dicen los historiadores mal informados sino todo un aciago mes de locura y sangre en que las pasiones se desbocaron y se vivieron escenas indescriptibles de violencia, vileza y carnicería como casi nunca había visto la ciudad de México si se descuenta la otra matanza de la Ciudadela, durante la primera presidencia de Benito Juárez. A darle gusto porque las imágenes que yo llegué a conocer de niño y adolescente de don Bernardo eran las fotografías tomadas en 1911, apenas doce años después; muestran a un hombre devorado por las preocupaciones, con la barba blanca y un aire de sombría tristura en la mirada. Eran las imágenes de un hombre caído al que sólo le queda el orgullo pero no eran realmente las fotos de ese “Don Bernardo” como lo llamaba mi padre. El que había luchado contra los franceses siendo un adolescente, el que se había enfrentado a la guerrilla imperialista del Terrible Tigre de Alica, el que se había enfrentado a los indios apaches y había pacificado el Norte de México, el que había sabido gobernar el Estado de Nuevo León con mano sabia y fuerte abriendo empresas y escuelas a fuerza de pulso y voluntad, el que había inventado la “segunda reserva” —que ya anunciaba el servicio militar obligatorio—, el que había in-

troducido un principio de legislación laboral, el combatiente aguerrido en los campos de batalla y en los escritorios, el audaz político y empresario que había sacado del aire y de la nada la ahora famosa fundidora (“¡Pero si en Monterrey no hay ni agua ni metal ni gente preparada!” le decía el viejo Basagoiti, y don Bernardo le respondió tajante: “Es cierto señor Basagoiti, pero hay voluntad”), el aguerrido político que había sabido enfrentarse a Limantour y a otros científicos, el militar ilustrado que había escrito obras como aquella faraónica biografía de Porfirio Díaz que todavía estaba por ahí en un rincón de su propia casa, el astuto político que había llegado a ser luminar de la Logia Hermanos Templarios de México, Gran Maestro de la Gran Logia de Jalisco, Gran Inspector Soberano de las Logias del Valle de México, y delegado del Supremo Consejo del Antiguo y Respetado Rito Escocés y que al mismo tiempo había logrado ser visto con viva simpatía por los católicos de Jalisco y Monterrey —casi todos ellos “reyistas”— y tenía un Cristo de marfil sobre su cama que destacaba sobre el terciopelo oscuro del cortinaje, ese “Don Bernardo” no era el de las fotos de 1912, como decía mi padre. El verdadero era el de aquella pintura de Escudero y Escandón realizada en 1900, y que heredaría Bernardito, el primogénito, luego su hija Aurelia y luego, en fin, esta prima ingeniosa llamada Marcela a la que también le había dado por escribir y pintar, desde muy niña. Vine a dar aquí, entonces, para dar gusto a mi padre que hace mucho murió en un accidente vial y porque la figura de “Don Bernardo” poco a poco me empezó a llamar la atención desde que me empecé a aficionar a la historia de ese desbarajuste llamado México. ¿Por qué se dejó manipular Bernardo de esa forma por el impulsivo tío Rodolfo, quien vivió siempre —como decía mi padre y callaba Alfonso— cegado por la pasión? ¿Por qué cuando era el momento y empezaron a florecer asociaciones “reyistas” por todo el país y mucha gente —hombres y mujeres— empezó a llevar un clavel rojo en el ojal o en el pecho, don Bernardo *dudó* como Hamlet y no rompió con don Porfirio Díaz, con cuyas simpatías él ya sabía, desde antes de la publicación del famoso libro verde que tantos sinsabores le acarrearía? ¿Qué había pensado de las espinelas compuestas en su honor?

Yo no soy irracional
y por eso voto a Reyes
pues solamente los bueyes

necesitan de Corral;
 ésta es regla general
 aunque hay sus excepciones;
 pero en ciertas ocasiones
 ni las busco ni las quiero
 y solamente prefiero
 no hacer ronda con bribones. (González Navarro 2000: 154)

Y sobre todo, ¿por qué quiso morir como un sublevado y sedicioso cuando durante toda su vida había sido un liberal convicto de sus convicciones, un hombre de armas que sabía hacerse amar incluso por sus enemigos? ¿Qué enrevesado código de honor le bullía en la sangre? El hecho de que el mismísimo Rubén Darío escribiera una página tan memorable como enigmática sobre mi abuelo, el general Bernardo Reyes, comparándolo con Coriolano, uno de los capitanes hamletianos de Shakespeare, sólo aumentó el misterio (Como es un texto de cierto interés, lo transcribo al final de estas páginas como un Apéndice).

Todos en la familia supieron, así me lo contó León, mi padre, que don Bernardo iba a morir desde que llegó un mensajero el sábado ocho a mediodía a la casa de San Cosme, a pedir que le llevaran al general la ropa interior más fina para ponérsela al día siguiente.

A las diez de la mañana
 del día nueve de febrero
 se dirigió hacia Palacio
 el Presidente Madero.

Luego que llegó a Palacio
 por el pueblo fué aplaudido,
 porque de veras ese hombre
 de todos se hizo querido.

Con su estandarte glorioso
 que en la mano lo traía,
 recorrió todas las calles,
 pues temor no conocía (Mendoza 2003: 30).

Y es que él siempre había dicho que cuando alguien va a batirse en duelo o sale al campo de batalla debe llevar la ropa más fina “por fuera

y por dentro. Eso es lo primero en que se fija el que recoge un cadáver”. Así que, desde mediodía del sábado ocho, toda la familia guardó silencio y le enviaron a don Bernardo a la cárcel sus mejores prendas, sus pantalones y traje de paño, su gorra cazadora, una camisa nueva de lino, calcetas negras y botas.

Madero estando en Palacio
dijo: —¡Qué ingrata es mi suerte!
doy mi vida por el pueblo,
yo no le temo a la muerte.

Mandó llamar a Blanquet
que en Toluca se encontraba,
sin saber el Presidente
que Blanquet lo traicionaba.

Cuando a México llegó
con sus tropas ya bien listas,
se proclamó partidario
de las fuerzas felicistas (*ibidem*).

Si alguien llegaba a preguntar por qué esa ropa, había que responder “porque mañana domingo don Bernardo quiere oír misa”. Y sin duda la llegaría a oír, pero ya casi en la tarde del domingo, casi doce horas después de haber caído del caballo alazán bajo la metralla y con el último rostro sereno del último tránsito, sin escuchar ni los disparos de rifle, metralla y cañón que todavía cruzaban el aire de la ciudad y que lo seguirían cruzando por lo menos veinte días después. La escucharía en la sala de su casa donde la gran Aurelia —como él llamaba a su diminuta esposa—, los hijos —menos Rodolfo que andaba en pleno enjambre sedicioso— y las hijas, escuchaban con lágrimas los rosarios de rigor, las jaculatorias, la misa que hacía mucho no escuchaba.

Huerta le dijo a Madero,
con palabra traicionera:
—Si usted me confía las tropas
yo tomo la Ciudadela.

El Presidente le dijo:
—Eso lo voy a ordenar,

aunque yo sé demasiado
que usted me va a traicionar.

Luego Riveroll e Izquierdo,
los dos con nefanda astucia,
al Presidente Madero
le pidieron la renuncia (*ibidem*).

Atrás quedaba ya el rumor y las premoniciones, las presiones de sus dos hijos —Rodolfo y Alfonso— quienes le insistían, uno, que se lanzara a la sublevación y, el otro, Alfonso, que se retirara a escribir sus memorias, a leer los *Cantos de vida y esperanza* de su amigo Rubén Darío y a leer a esos historiadores griegos —Tucídides y Polibio— que había empezado a practicar gracias a don Pedro Ogazón, uno de los parientes de su esposa.

Madero les contestó:
—No presento mi retiro,
yo no me hice Presidente,
por el pueblo fui elegido.

El Presidente les dijo:
—¿Quién fué el que se los mandó?
Y sacando su revólver
el pecho les traspasó.

Don Aureliano Blanquet
le dijo al señor Madero,
cogiéndole por los hombros:
—Dése usted por prisionero (*ibidem*).

Pero sobre todo quedaban atrás esos cuatrocientos días interminables que pasó en la prisión de Tlatelolco viendo con impotencia cómo se desarrollaban los acontecimientos y cómo el “inútil de Madero”—así lo llamaba— dejaba que el país se le desbaratara entre las manos. ¿De qué le habían servido a Madero sus prácticas religiosas, sus visitaciones espiritistas, aquellos textos dizque sagrados de la India antigua que le dictaban los espíritus, los maestros de la alta logia blanca? ¿De qué le había servido a ese pobre presidente su retórica vegetariana, sus discursos entre democráticos y homeopáticos? También quedaba atrás ese hijo suyo, Rodolfo,

que él, Bernardo, lo sabía, lo había manipulado acaso sólo por amor a la manipulación; atrás, la gran Aurelia —la nana Yeya como le decían sus nietos— y el risueño Alfonso, que parecía reír hasta cuando lloraba. Quedaban atrás esos interminables cuatrocientos días de cárcel en los que no sólo iba oyendo cómo el país se preparaba para derrumbarse sino también iba tocándose una por una las setenta y siete llagas que traía abiertas debajo de la piel, las llagas físicas pero sobre todo esas llagas más dolorosas y que todavía le ardían, que le habían infligido con pluma y tinta los Limantour, los Romero Rubio, los Huerta, los Mondragón y el mismísimo don Porfirio a quien siempre había creído un “hombre bueno”, pero que a lo largo de esas cuatrocientas jornadas de cárcel había llegado a considerar como un “bicho”, un animal vengativo, maligno y perverso.

—esas llagas por las cuales
él sentía que se desangraba
sorda y calladamente el país (*ibidem*).

Quedaban atrás los momentos felices pasados en compañía del risueño Alfonso con quien recitaba a dúo *El estudiante de Salamanca*, a quien contaba tramas de la antigua historia griega como la batalla de Maratón y compartía anécdotas de Alejandro, César y Napoleón y, como el niño era muy dotado, retenía de memoria tiradas enteras del *Telémaco*, el célebre “*¡Qu’il mourût!*” del *Horace* de Corneille, o el “*jeune soldat, où vas tu?*” de Lammenais, frase que algunos militares mexicanos de la época de la Intervención habían integrado al corpus del honor bélico mexicano, como si fuese una especie de *Bushido*... La guerra, la madre guerra, siempre la guerra, añorada y sufrida, la guerra ruda y cruel y sin embargo necesaria como ese Victoriano Huerta que había nacido también en 1850 y que era capaz de las peores barbaridades (Mi padre León me contó que cuando, una semana después de la muerte de don Bernardo, asesinaron al presidente Madero y le dieron la noticia a Victoriano Huerta, éste disparó: “Ya me hicieron mártir a ese pendejo”) [Castro 2000: 60].

Terminaron los combates
el dieciocho de febrero,
quedando allí prisioneros
Pino Suárez y Madero.

Muchos soldados ya muertos
en Palacio y Ciudadela,
fueron sus restos quemados
en los campos de Balbuena.

La sangre corría a torrentes,
pero era sangre de hermanos,
siendo culpables de todo
ambiciosos mexicanos.

Huerta por sus partidarios
se hizo solo Presidente,
luego que subió al poder
a Madero dió la muerte.

El veintidós de febrero,
fecha de negros pesares,
mandó Huerta asesinar
a Madero y Pino Suárez.

El Presidente Madero
a Huerta le hizo favores,
¡un bien con un mal se paga!
Eso es muy cierto, señores.

Cárdenas fué el asesino
que hizo tan chula gracia
de asesinar a dos héroes
padres de la Democracia.

Aquí terminan los versos
y, si han logrado gustar,
son compuestos por Lozano,
un coplero popular. (Mendoza 2003: 30-34).

Bernardo Reyes saldría de su prisión de Santiago Tlatelolco antes de que se levantara el día. Sólo para caer bajo la múltiple metralla unas horas después.

*Shakespeare en la política-hispano-americana*⁵

París, marzo de 1913

Tenemos entendido que, después de la creación de Dios, está la creación de Shakespeare. Solamente, no es fácil encontrar parangones como el que acabo de recibir de Monterrey, Nuevo León, en un escrito referente a un ilustre mejicano que acaba de caer con resonancia en la lucha política de su país: el general Bernardo Reyes. Se titula *General Bernardo Reyes, from a Shakespeare point of view*. Ignoro el motivo por el que el trabajo haya sido escrito en inglés, pues el autor por su nombre, debe ser de Méjico: doctor David Cerna.

Yo no tengo que inmiscuirme en las interioridades políticas mejicanas, pero desde el punto de vista de mi oficio, me ha parecido curioso daros a conocer tal estudio, o mejor sería decir, paralelo.

He tenido la honra de ser amigo personal y de frecuentar las relaciones del general Reyes, durante su permanencia en una villa de Neuilly, en los alrededores de París. Fui presentado a él por el general Zelaya y encontré siempre en él, un soldado leal, un hombre sencillo a pesar de su arrogante aspecto militar, aficionado a las letras y autor, él también, de varias obras; espíritu generoso y amante de su patria.

Así, no tengo que ocuparme personalmente de su pasado político, y me refiero sólo a la obra del doctor Cerna, a título de curiosidad literaria.

Ignoro si antes se han hecho comparaciones en nuestra América, entre personajes shakespearianos y muchos hombres de estado, gobernantes y caudillos.

El doctor Cerna comienza con afirmar la dificultad de encontrar en la obra del gran Will un tipo apropiado para la comparación con el general mejicano; mas según su opinión, el paralelo puede hacerse con el *Coriolanus*, escrito, como se sabe, con la base de Plutarco. Las citas del doctor Cerna para el apoyo de su comparación son varias y todas de autores de lengua inglesa.

Así Dowden escribe en una crítica de *Coriolanus*:

Un altivo y apasionado sentimiento, un soberbio egoísmo, son, en Coriolano, fuentes de debilidad y fuerza... No es el pueblo romano quien

⁵ Darío I, 235-237.

le trae su destrucción; es la noble altivez y apasionado amor propio del propio Coriolano... El orgullo de Coriolano, no es, sin embargo, el que suele venir de la sumisión y de la unión con algún poder, o persona o principio superior a uno mismo. Es orgullo doble, un apasionado amor propio, esencialmente egoísta, y un apasionado antagonismo de clases. Su natural no es frío e interesado; son profundas, cálidas y generosas. Pero un límite firme e insalvable, le tiene marcado la tradición aristocrática y únicamente dentro de ese límite es que se manifiestan sus cualidades buenas. La debilidad, la inconstancia, y la incapacidad de comprender los hechos, que son vicios del pueblo, se ven reflejados y repetidos en el gran patricio: sus faltas aristocráticas contrapesan las plebeyas.

Es rígido y obstinado; pero bajo la influencia de su enojado egoísmo puede renunciar a sus principios, a su partido y a su ciudad natal.

Aquí llama la atención el doctor Cerna sobre actos del general Reyes, y su preferencia en ser el primero en un estado, a ocupar un lugar secundario en los asuntos de la nación.

Y luego un párrafo más del mismo Dowden: “El juicio y temperamento de Coriolano están muy mezclados.

“Desea el fin, pero sólo a medias se somete a los procedimientos necesarios para llegar a ese fin. No tiene suficiente dominio de sí mismo para poder aprovecharse de las oportunidades que se le presentan”.

Se hace notar aquí el no haber aprovechado el general mejicano el momento en que fue dueño de la región montañosa de Galeana.

Si en ese momento, dice el doctor Cerna, se hubiera resuelto aceptar la situación, habría sido, sin duda, el héroe popular: y con menos sacrificio, tal vez, de vidas y de propiedades públicas y privadas habría podido dar el jaque-mate al gobierno despótico del general Díaz.

Pero no, Reyes vaciló demasiado, y una gran mayoría del pueblo mejicano le retiró su alta estima. Y cita el autor las palabras de Bruto a Casio:

*There is a tide in the affairs of men
Which taken at the flood leads on to fortune;
Omitted also the voyage of their life
Is bound in shallows and in miseries.*

(IV, 3, 217-220)

Y estas frases de Hudson: “El orgullo de Coriolano es del todo inflamable e indomable, por la pasión; de tal modo que si recibe tan sólo

una chispa de provocación estalla y arde de modo inconmensurable y barre toda consideración de prudencia, de decoro y hasta de común sentido”. El doctor Cerna se refiere a un caso del antiguo gobernador de Nuevo León, que indicaría una violencia de carácter.

Del citado Dowden: “Ahora, Shakespeare sabía que tal pasión era, no fuerza, sino debilidad; y por esa violencia indomable del temperamento de Coriolano, se hecha ésta sobre él su destierro de Roma y su suerte subsecuente”.

El caso es curioso, pues se recuerda el envío a Europa, en una comisión, indudable manera de destierro dado el caso.

De Wendel: “Coriolano debe su suerte a un exceso de rasgos de nobleza inherente, rasgos cuya nobleza misma los hace incapaces de sobrevivir en el innoble mundo que les rodea”.

De Hereford: “Aun el valor de Coriolano está descrito con un fuego que viene sobre todo de la imaginación... La carrera de Coriolano, con su ostentoso, aunque en esencia fútil valor, es una sátira contra el militarismo; y las sublimes imágenes con que están narrados sus hechos, no hacen sino más explícito el tono de ironía”.

El doctor Cerna pinta a este propósito las figuras del general Reyes y Boulanger.

Luego hay citas de Mabie, que hace resaltar en Coriolano “aristócrata típico, con las virtudes del aristócrata: valentía, indiferencia ante el dolor, desprecio del dinero, independencia del juicio, dominio de la elocuencia y natural aptitud para el mando. Estas grandes cualidades están neutralizadas por un colosal egotismo, que se manifiesta en un orgullo tan irracional e insistente que, tarde o temprano, por la necesidad de su naturaleza, debe producir el conflicto trágico”.

Aquí se refiere, en la comparación, a la rendición voluntaria del general Reyes en Linares y juzga el doctor Cerna que si no es un caso de obcecación momentánea y sufrimiento físico, “es uno de patriotismo intenso, que es también un estado anormal de parte de ese interesante carácter psicológico”.

Por último, el autor del paralelo, trae a la memoria el sacrificio de Coriolano, por el amor maternal. Y cita de nuevo a Hudson: “Coriolano se siente más orgulloso de su madre que de sí mismo; procura más complacerla a ella que a sí mismo; no acepta más títulos honrosos que los que vienen de tan honrada fuente, ni quiere más premios que aquellos que magnifiquen la parte que tiene de ella; en resumen, la mira

como a un ser superior, cuya bendición es la mejor gracia de su vida; y el profundo respeto que es en él un principio de tan intrínseca grandeza y energía que sería suficiente para romper las frías, secas ligaduras de una innoble y vil naturaleza”.

La cita sigue más larga, en el mismo sentido. La conclusión es que, como Coriolano, el caudillo de Méjico, se sacrificó por el amor maternal, esto es, por su patria. Una guerra de guerrillas proseguida, hubiera aumentado los desastres.

Él, con su sometimiento, ha sido un patriota.

¿No se intentarán en la Argentina algunos paralelos semejantes?

La Nación, Buenos Aires, 13 de abril de 1912 [sic], p. 7

BIBLIOGRAFÍA

- CASTRO, JORGE ALBERTO. “*Fort Bliss*, la obra farsica en la que el director convence a Madero de su inocencia. El dramaturgo Juan Tovar se aferra a su versión de que Huerta no fue un chacal”. *Proceso* (8 de abril de 2000).
- DARÍO, RUBÉN. *Escritos dispersos de Rubén Darío* (recogidos de periódicos de Buenos Aires). Tomo I. Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro Luis Barcia. Advertencia por Juan Carlos Ghiano. La Plata: Universidad Nacional de La Plata/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- GONZÁLEZ NAVARRO, MOISÉS. *Cristeros y agraristas en Jalisco*. I. México: El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos, 2000.
- MENDOZA, VICENTE T. *El corrido mexicano* [1ª edición, 1954; 10ª reimpresión, 2003]. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- REYES, ALFONSO. *Constancia poética. Obras completas*. X [1ª edición 1959; 3ª reimpresión, 1996]. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.